

LA PROCESION DEL VIERNES SANTO DE NUESTRO PADRE JESUS Y LA CIUDAD

José Alberto Sáez de Haro. Mayordomo de Jesús.

“... El marco barroco que la ciudad de Murcia aporta a la representación en procesión de las escenas de la Pasión de Jesús la mañana del Viernes Santo es muy adecuado para la conjunción del continente y del contenido, propio de este arte. Hay que señalar el sentimiento espiritual sobre la mera exhibición y que puede materializarse en la propia interrelación entre penitentes, estantes y demás componentes de la procesión con los que la contemplan a través de la entrega de caramelos y otros productos, que desemboca en una auténtica “comunidad” entre todos.

El momento de la procesión en la salida, cuando el rayo de sol ilumina la cara triste de la Dolorosa, es un ejemplo del “diálogo” de la ciudad y la procesión, ya que son las “cornisas” de las edificaciones que hay frente a la puerta de salida, con el espacio de la plaza San Agustín, las que permiten este contraste entre la sombra y la luz del sol, que aportan esa contradicción entre el triunfo de la luz, la Resurrección de Cristo, y la tristeza de su Madre por el Hijo muerto, muestra de un lenguaje de sentimientos a través del lenguaje de la estética barroca.

En el recorrido de la procesión son múltiples los momentos en los que hay una especial “convivencia” entre el espacio y lo que en el mismo transcurre, el escenario y la representación, en ese gran teatro en el que se convierte la ciudad no para representar una farsa, sino en este caso para una auténtica “catequesis”, en la que se significan especialmente determinados momentos, como pueden ser la contemplación de la mesa de La Cena a nivel de los primeros pisos de las edificaciones de las calles por las que pasa; el brillo del sol sobre el cáliz de La Oración, el resplandor de los ojos, lágrimas y sangre del Cristo de La Caída; la transparencia del velo de la Verónica; el sudor y sangre de Los Azotes; el “brazo” de San Pedro, San Juan, las lágrimas de La Dolorosa y el “andar” del titular, Nuestro Padre Jesús, con la decoración de los racimos de capullos de gusanos de seda, que tan adecuadamente podrían representar, no se sabe si queriendo, la imagen de que tras el proceso de “enclaustramiento” de la crisálida viene la eclosión de la aparición de la mariposa, que con su vuelo podría semejar el triunfo de la “Resurrección”, gran milagro espiritual y barroco al mismo tiempo.

Todas estas escenas se suceden entre una homogénea corte de penitentes de túnicas del mismo color, que van dejando sus tornasolados “moraos” entre zonas de sol y sombra, para no distraer el esplendor barroco de las imágenes y de su mensaje, que cargan los nazarenos “estantes” que aportan su barroquismo a través de los inmensos “buches” o “senás” repletas de caramelos, huevos duros y otros productos que ayudan a “tomar fuerzas” en el largo recorrido y a compartir con los que contemplan la procesión; las solapas de sus chaquetas de “domingo”, corbatas de color, medias de “repizco” y bordados y esparteñas, a la vez que tocados con el capuchón característico.

El público que contempla el desfile, siguiendo la alineación de la calle, es otro elemento del “lenguaje” escénico de la procesión, con su diferente semblante, expectante o cansado por el “madrugón” para reservar las sillas- siempre en los mismos sitios, de tal modo

que cuando nos aproximamos a ese lugar esperamos encontrarlos para ofrecerles nuestro obsequio- colorido de los vestidos primaverales y la espontaneidad de los niños con sus “regordetas” manos estiradas, como las de los ángeles de la Dolorosa, así como el asombro de los que nos visitan por primera vez.